

Froilan Diaz y fray Mauro de Tenda, si se reflexiona que no versaban sobre asunto que se pudiera fiar á todos, y que por entonces solo estos dos frailes concurrían á su posada. En tal estado le sobrevino una indisposicion ligera; por mandato de los médicos se le hizo una sangría, y tan fatal fué que á las cuarenta y ocho horas bajó al sepulcro, no sin bastantes recelos entre sus parientes y domésticos de habersele puesto un veneno muy eficaz en la císura.

XVI.

Vacante de nuevo la plaza de inquisidor general á tiempo de estar el rey mas descaecido y mas agitado que nunca de sus sensibles accidentes, no fué difícil á Mariana de Neoburgo lograr que recayese la eleccion en sugeto de su predileccion y confianza. Apartándose de indicar el nombre del comisario general de San Francisco, á pesar de ceñirse ya la mitra de Valencia, sin esfuerzo obtuvo el puesto eminente para don Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia, muy segura de que la proporcionaria satisfaccion pública de sus agravios. A poco de tomar posesion del destino, se fulminó el primer rayo contra fray Mauro de Tenda, quien delatado á principios del año 1700 por un hecho calificado de supersticioso, preso en el discurso de la causa declaró todo lo que delante de fray Froilan Diaz habia pasado en la casa de don José del Olmo con las energúmenas allí exorcizadas. Se le condenó á abjuracion de *levi* y á extrañamiento perpétuo de los dominios españoles. De aquí resultó que por el Consejo de Inquisicion se comisionara á don Juan Bautista Arzeamendi para tomar declaracion á fray Froilan Diaz en union del secretario don Domingo de la Cantolla; pero aquel excusóse de manifestar lo acontecido por haber obrado de orden de su real penitente, quien tambien se la tenía dada para no revelarlo á persona alguna. Muy poco despues se presentó en el Consejo de Inquisicion fray Cristóbal Donaire, religioso dominico y conventual de Nuestra Señora de Atocha, delatando en nombre y con poder de su provincia al maestro fray Froilan Diaz con unos autos formados de orden del provincial fray Nicolás Torres Padmota por un visitador enviado al convento de monjas de Cangas; con una alegacion de diferentes hechos que se suponian ejecutados por el mismo padre maestro en Alcalá y otros parages y que argüian hipocresía; y con un testimonio de otros hechos de la misma calidad y de ciertas proposiciones, que en la ciudad de Valladolid se le habian averiguado. Sobre el primer punto nada mas se tuvo la delacion por admisible, y como resultaba la correspondencia de don Tomás Cambero, de orden del señor Rocaberti, se le exigieron las cartas del vicario de las monjas, y así por virtud de la enemistad de los frailes de Santo Domingo contra quien vestia su mismo hábito religioso, todos los papeles que se cruzaron acerca los conjuros en averiguacion de los hechizos del monarca, se hallaron sobre la tabla del Santo Oficio. Ahora no se pudo eximir de declarar fray Froilan Diaz y expuso que lo ejecutado en Cangas fué de orden expresa del inquisidor general señor Rocaberti, no sin comunicarlo primero con hombres muy doctos, que le dieron dictámen de que se podria practicar sin inconveniente por ser materia tan importante al bien de la monarquía y de la cristiandad toda; y que lo ejecutado en casa de Olmo fué consiguiente á esto,

SEGUNDA SERIE.—1861.

y que lo hallaba apoyado en doctrinas clásicas y ejemplos de santos, á cuyo estudio aplicóse para tomar resolucion tan grave, por las muchas instancias que le hacia Carlos II de resultas de su falta de salud y de sus accidentes, que por lo irregulares persuadian á que estaba hechizado. Por de pronto el inquisidor general dió orden á fray Froilan para que no asistiese al consejo, y de seguida se fué á tratar con la reina Mariana de Neoburgo, sobre la manera de apartarle del real confesonario y de sustituirle persona capaz de sostener los procedimientos que se maquinaban en contra del antiguo catedrático de Prima de la universidad de Alcalá de Henares. Se discurrió entre la reina y el obispo de Segovia que éste solicitase audiencia secreta del monarca, y le dijese que fray Froilan Diaz se hallaba testificado sobre cosa grave contra nuestra santa fé católica en el Santo Oficio, y que no pudiendo el tribunal proceder en su causa, por hallarse con la gran dignidad de real confesor aquel religioso, se lo representaba á fin de que determinase lo que fuese mas de su agrado. Puesto esto por obra, se sorprendió el rey mucho al oír la proposicion y despues de algun rato prorumpió en estas palabras:—«¿Estais cierto, padre, y lo está el Consejo de Inquisicion de que eso que me decís es verdad y no falso testimonio?»—Si, señor, respondió el inquisidor general, bien se ha mirado.—Pues padre, haced justicia, repuso el rey, y mirad por la causa de Dios Nuestro Señor, que yo le despediré luego.—Acto continuo le indujo la reina á nombrar confesor á fray Nicolás Torres Padmota, enemigo capital del exonerado, á quien previno el inquisidor general que se presentara en su convento de San Pablo de Valladolid dentro del improrogable plazo de doce dias.

XVII.

Como el obispo de Segovia se hallaba de inquisidor general por influjo de la reina, bajo condicion de desagrarla de lo que por obra de fray Froilan Diaz resultaba en su desdoro; y como además tenia en perspectiva el capelo así que satisficiera su venganza, decidido estaba á no guardar contemplaciones, y á no retroceder ante los tropiezos de mas bulto. Grande fué el que se le puso delante al saber que fray Froilan Diaz, con el temor de que se le venia encima una horrorosa tormenta, fraguada por la enemistad de Mariana de Neoburgo, sin puerto donde buscar abrigo, porque no podia hablar al rey á causa de vedársele la entrada en palacio, ni acudir al inquisidor general que se le declaraba adverso, ni interponer el ascendiente de sus compañeros del Consejo por el sigilo que observaban en tales casos, no hallando otro salvamento salió de la corte de Madrid y se fué á la de Roma, para implorar por conducto del general de la orden de Santo Domingo la proteccion del Papa. De seguida el inquisidor general anunció en el Consejo la exoneracion del fugitivo, y la entrada en su puesto de fray Nicolás Torres Padmota. Sin demora pidió tambien y obtuvo que se despachase posta al duque de Uceda, nuestro embajador en la capital del mundo cristiano, para que arrestase al destituido confesor y le enviase á España, por ser reo de fé y estar procesado en su Inquisicion, cuyos privilegios se vulnerarian sobremanera si se le permitiese recurso á la de Roma, y porque tampoco era buena política tolerar en otro reino la instan-

AÑO XIX. 18.

cia de tan principal ministro de esta monarquía, pudiéndose originar muchos daños de que revelara sus secretos. A la par despachó órdenes á las Inquisiciones de Barcelona, Valencia y Murcia, á fin de que sin tardanza le pusieran en cárceles secretas, si desembarcaba en su territorio. Diligentísimo el duque de Uceda prendió á fray Froilan Diaz tan luego como supo su arribo á Roma, y bajo la custodia de un criado de su confianza le puso á bordo de un bajel feble y poco seguro, á causa de que se le daba gran prisa. Tan récio temporal sobrevino en el viage que se tuvo por gran fortuna y aun por milagro aportar á Cartagena, sin embargo de ser el rumbo á Barcelona. Con la noticia de estar ya recluso fray Froilan Diaz en las cárceles secretas del tribunal de la Inquisición de Murcia, don Baltasar de Mendoza hizo que se diese cuenta en el Consejo de los autos incohados bajo la direccion de don Juan Bautista Arzeamendi, y terminada la lectura propuso que no se examinasen por los calificadores existentes, sino por otros que se nombrasen al efecto, para apurar la verdad con aquella pureza que requeria la justicia. De este primer paso salió airoso, aunque no sin alguna resistencia. Dos párrocos de Madrid, dos monges benedictinos y un fraile franciscano fueron los calificadores elegidos como hombres de gran virtud, integridad y literatura, y despues de examinar cuanto resultaba de los autos, unánimes y conformes fueron de sentir y parecer que no habia censura teológica ni materia de oficio contra la persona mencionada en el proceso, ni la hallaban nota alguna, ni la consideraban reo de fé por lo referido, y en vista de todo se resolvió por el Consejo de Inquisición que se archivasen los papeles, segun fallaba de costumbre para declarar un total desprecio del cargo que se hacia á cualquiera persona delatada.

XVIII.

Sin retroceder el obispo de Segovia, por sí y ante sí formuló auto de prision en las cárceles secretas contra el antiguo confesor de Carlos II, y además tuvo la pretension de que lo rubricaran los del Consejo de Inquisición, á pesar de que habian ya votado el sobreseimiento en la causa. Uno á uno se negaron todos á la exigencia de su presidente, quien levantándose abochornado prorumpió en la amenaza de decir con furia.—*Yo tomaré mis medidas.*—Y efectuólo tan diligentemente que á la media hora ya estaban presos en sus casas los consejeros don Antonio Zambrana, don Juan Bautista Arzeamendi y don Juan Migueles, y en cárceles de familiares el secretario don Domingo de la Cantolla. Este ruidoso acto fué ocasion de que *se corrieran los misteriosos y sagrados velos del secreto, quedando manifestas á todos las arcanidades del Santo Oficio, de calidad que en todas partes no se hablaba de otro asunto:* cuantos veian de mal ojo la venganza de la reina, y los odios de los frailes ó no participaban de la pasion del inquisidor general y de sus parientes y allegados, censuraban por atropelladas é injustas aquellas prisiones; á la par que los adictos á la esposa de Carlos II, á su nuevo confesor fray Nicolás Torres Padmota, provincial de la órden de Santo Domingo en Castilla, y al caracterizado obispo de Segovia voceaban que fray Froilan Diaz era herege, y que los consejeros de Inquisición pecaban de inobedientes y aun de cismáticos por defender á quien habia practicado

heréticas doctrinas, y al secretario Cantolla le acusaban no menos que de falsario. A los tres consejeros les bajaron de seguida las jubilaciones: y contra don Juan Migueles que, por ser de bastante menor edad que sus otros dos compañeros sentia muy amargamente el golpe de fortuna, y entre los muchos amigos que le iban á visitar por las tardes murmuraba con voces destempladas y dictérios del prelado don Baltasar de Mendoza, no tardó éste en enviar al alguacil mayor del consejo del Santo Oficio y á varios familiares, todos armados y de noche para conducirle al colegio de la Compañía de Jesus de la ciudad de Santiago y ponerle allí sin comunicacion alguna, como lo ejecutaron de la manera mas rigurosa. Por cuatro años quedó Cantolla suspenso de la secretaria y condenado á destierro. Tanto fué el escándalo causado por estas violencias que el Consejo de Castilla elevó al monarca una consulta á fin de que usando de su real proteccion y económica potestad, pusiera las manos en este negocio. Alarmada la misma reina Mariana de Neoburgo reconvinó al inquisidor general por sus procederes y le indujo á templarlos, para evitar las murmuraciones y que se repitiesen los dictámenes de los mas eminentes ministros reales en su contra; mas el reconvenido y amonestado expuso que no podia llegar á sus fines en otra forma, porque el Consejo de Inquisición estaba muy consentido y en oposicion declarada á la reina, y no habia mas arbitrio que el de aterrarle del todo, para lograr la condigna satisfaccion al agravio. Con esto sosegóse la reina é interceptó el curso á la consulta del Consejo de Castilla. Sin embargo, temeroso el inquisidor general de que se renovase en coyuntura de no poderla atajar el paso, y de que le produjera su ruina ó á lo menos un gran desaire, le ocurrió buscar su escudo en el mismo Consejo de Inquisición maltratado por su arbitrariedad sañuda, proveiendo las tres plazas de los jubilados en sujetos de modo que al fin se rubricase el auto de prision contra el antiguo confesor del soberano; tras de lo cual nadie estaria tan mal consigo que se atreviese á censurar y menos aun residenciar esta providencia, que á la par justificaria su anterior conducta y declararia reo de fé al perseguido religioso. Así fueron elevados á consejeros inquisitoriales don Domingo Pernas, don Alonso Bolaños y don Juan José Tejada, y á fiscal don Juan Fernando de Frias, residente á la sazón en Madrid con el corto grado y menor representacion de visitador de testamentos, y sujeto bastante hábil en literatura, aunque escaso de prudencia y con altanería de sobra. No le salieron bien al inquisidor general sus cálculos y conjeturas: de los recién elegidos, solo Bolaños manifestó que rubricaría el auto siempre que se lo pusieran delante: Pernas dijo rotundamente que no lo haria de ningun modo por no arriesgar la salvacion de su alma; y Tejada expuso que se remitía al dictámen de don Lorenzo Folch de Cardona, siendo consumadísima su experiencia en las cosas del Santo Oficio. Todos los antiguos consejeros se inclinaron igualmente á obrar á tenor de la conducta de este personage.

XIX.

Hombre de buenos estudios, segun se entendian por aquellos tiempos, y de carrera muy brillante, don Lorenzo Folch de Cardona gozaba de gran concepto y se atraía la

general veneracion por la gravedad de su carácter y la pureza de las costumbres. A Zambrana y á Arzeamendi seguia en antigüedad como consejero del tribunal llamado Santo, y no obstante le pasó por encima el golpe de la jubilacion repentina que despues de arruinar á aquellos vino á caer sobre Migueles. Unos atribuyeron esta indemnidad á sus amistosas relaciones con el obispo de Segovia á quien regaló al tiempo de ser elevado á inquisidor general un juego completo de oratorio, á saber: caliz, patena, aguamanil, cuatro fuentes, platillo y vinajeras, todo de plata sobredorada y de labor primorosa, agasajo correspondido por parte del prelado con un forlon ó coche de cuatro asientos; á lo cual agregóse que de continuo se cruzaban las frutas, los dulces y otras bujías de una y otra casa, y que el prelado segoviano decia públicamente que los consejeros de Inquisicion eran todos muy buenos, pero que ninguno llegaba á la discrecion y calidad con que se producía Folch de Cardona. Otros opinaron que esto no bastaba á eximirle de ser preso y ademas jubilado, y antes bien conducía á que el inquisidor general le tratara con mas enojo, como obstáculo principal á sus miras, y muy juiciosamente discurrieron que su preservacion de caer en desgracia la debía á ser hermano del comisario general de San Francisco, y muy en favor de la reina, por cuya razon como político se abstuvo don Baltasar de Mendoza de obrar en su daño. Ahora se propuso el inquisidor general halagar y atraer por todos los medios imaginables al don Lorenzo, ó sacarle de la Inquisicion á toda costa si persistia en ser causa única en que fray Froilan Diaz quedase impune. Por llamarle á su posada una tarde empezó el obispo de Segovia, y tras de recibirle con la misma placidez que antes de la borrasca y con la expresion de que batallas del entendimiento no deben pasar á la voluntad, y de que siempre habia sido su amigo y lo era y lo sería siempre, y de ponderar lo mucho que estimaba sus prendas, le dijo las siguientes palabras:

—Yo he consultado á los primeros hombres de esta corte y mas eminentes en sagrada teología y jurisprudencia, y todos me aseguran que, sin embargo de la contencion del Consejo, se debe rubricar el auto que ha dado motivo á la disputa, para ventilar despues si el voto del tribunal es decisivo ó consultivo, pues ínterin se aclara esto, la razon y la justicia están de parte de los inquisidores generales, y no es legítimo que se les vulnere una regalía tan sentada. En esta suposicion, de la amistad de V. S. debo crear que en poner la rúbrica se anticipará á todos, y así no habrá quien se atreva á replicar ante un ejemplar tan autorizado, y yo le deberé que sea el iris que serene la tormenta. Se lo ruego y suplico así como amigo, y creo le haré mas fuerza que si se lo mando como gefe.

—Nadie mas que yo desea obedecer y agradar á V. S. I. en cuanto esté de mi parte, respondió Cardona; mas no en lo que sea punto de conciencia, y en que se aventure la salvacion del alma. Esta dependencia la he concebido de rigurosa justicia; y de rubricar el auto, no solo se maltrata como reo de fé á un inocente, sino que se destruye la autoridad del Consejo de Inquisicion, y la potestad que le han delegado los monarcas. No dudo que V. S. I. habrá hallado los dictámenes á que hace referencia, si bien los dan sobre asunto que no penetran á fondo, por consistir su conocimiento en bulas pontificias y cédulas reales, y modo y for-

ma que se tuvo en la ereccion del Consejo, cuya decision causa ejecutoria. Y para poner en claro lo que hasta aquí no ha ofrecido duda, V. S. I. se servirá darme licencia para formar é imprimir un papel en que funde la jurisdiccion del Consejo, y los motivos legales que me asisten para no poder rubricar lo que no he votado, y en que he sido de parecer opuesto, y elevado al soberano y remitido al examen del Consejo de Castilla ó de la junta de ministros que sea de su real agrado, con someternos á la resolucion de S. M., despues de bien pesadas las razones de unos y de otros, todos quedaremos con la conciencia segura, y así únicamente se atajarán disputas y enconos en las voluntades.

—¿Con que V. S. quiere escribir en mi contra? preguntó el obispo bastante alterado.

—No señor, respondió tranquillo Cardona, sino á favor del Consejo de que soy individuo.

—Pues vaya V. S. y escriba resmas; que perderá tiempo y papel.

Y levántandose con enojo, se acabaron á un tiempo la placidez y la entrevista.

Muy otro carácter tuvo la del fiscal Frias con Cardona á la tarde siguiente, yéndole á visitar por vez primera á su posada, y explicándose despues de los ordinarios cumplimientos, con este jactancioso y descomedido lenguaje.

—Habiendo sabido que ayer tarde manifestó V. S. al señor inquisidor general que las personas que le dieron cierto dictámen no debian ser atendidas, por haberle formulado en materia ajena de su profesion, por si acaso fuese yo uno de los que han concurrido á emitirlo, ahora vengo á que por medio de conferencia ó de disputa, me diga los fundamentos legales que tuvo para proferir proposicion semejante, y verá como se los dejo no solo satisfechos, sino desvanecidos.

—Señor don Juan, contestó Cardona, sin perder la gravedad y con ribetes de ironía, muy bien alma V. S. para conmigo los créditos de gran letrado, pues solo con doce dias, que se cumplen hoy, de su entrada como fiscal en el Consejo, ya se manifiesta plenamente informado en todas las arcanidades del Santo Oficio, de manera de convencer mi errado dictámen. Me persuado que en tiempo tan corto habrá aprovechado mas que yo revolviendo los archivos, que V. S. no ha visto siquiera, durante doce años que ando rodando por los tribunales de la Fé. Mas esto sentado, dígame por su vida ¿de quién es V. S. fiscal, del señor inquisidor general, ó del rey?

—¿Pues eso se duda? del rey.

—Pues si V. S. es fiscal del rey, como á tal lo que le toca es defender la autoridad, potestad y régia jurisdiccion que los reyes católicos delegaron en el Consejo de Inquisicion, y le han conservado sus sucesores. Pero si invirtiendo V. S. su principal instituto quiere defender lo contrario, desde ahora puede empezar á tajar la pluma, para responder al papel que sujetaré muy presto á su censura y á todo el mundo. Y lleve V. S. entendido, prosiguió Cardona levantándose de la silla, que mi casa no es universidad ni academia, donde se defiendan conclusiones, y que con hombres de mi nacimiento, de mis canas, de mi carrera y de mis grados, no se disputan las cosas á borbotones, ni soy capaz de permitir semejante desmesura.

Cortado el fiscal Frias ante la seriedad y las razones de Cardona, que llevándole de pieza en pieza le iba echando

políticamente á la calle, solo se determinó á decir con templanza:

—Yo creí que en conferencia se podían apurar las dificultades.

Ya junto á la puerta le dijo Cardona:

—Vaya V. S. con Dios que este no es asunto de conferencia, sino de lo que le tengo dicho.

—Pues bien, se leerá ese papelón, y se responderá plenamente, pronunció el fiscal recobrando su audacia á la despedida.

—Vaya V. S. con Dios y haga lo que quisiere, como no le vea yo en mi casa; dijo Cardona, y le volvió la espalda al punto.

Por otro lado tentó á don Lorenzo su hermano el comisario general de San Francisco, sin mas dilación que la de veinte y cuatro horas, visitándole en su posada y tambien por la tarde.

Primeramente insistió en reducirle á que cediera á cumplir el deseo del inquisidor general, poniendo su rúbrica en el auto de prision del antiguo confesor de Carlos II, pero al ver que no alojaba de su dictámen lo mas leve, á pesar de estrecharle con habilidad y dulzura, le dijo las siguientes palabras:

—Entonces el medio mejor y mas decente de salir de esta disputa, sin el menor escrúpulo de conciencia, es que pases al Real Consejo de Castilla, como que siempre ha sido la cátedra de prima, apetecida y anhelada de cuantos siguen la carrera de la toga. En tus años y circunstancias, llevas afianzado el que tu eleccion sea bien vista y aplaudida de los compañeros y de todos, y yo tengo facilidad suma para alcanzar de la reina que de seguida baje esta plaza.

—Mucho te estimo el agasajo, contestó don Lorenzo llevándole con jovialidad la corriente; pero no tiene conveniencia para mí el que en realidad es ascenso para otros, porque en el Consejo de Inquisición tengo largos cuatro mil ducados de sueldo, y en el de Castilla, solo conseguiría diez y ocho mil reales, con gages de seiscientos ducados al año y despues de que pasen algunos, fuera de que aquí gano las prebendas de Sevilla como si estuviera presente, y saliendo segun me propones, las perdería y con ellas otros cuatro mil ducados, pues el nombramiento de coadjutor es obra larga.

—Aun cuando para no aceptar la plaza del Consejo alegues esos reparos, que yo no tengo por tales, como que me obligaría á poner los coadjutores en las prebendas, sin que te costase blanca y antes de dos meses; tambien es una salida muy airosa la de la mitra, y hallándose vacante el obispado de Mallorca, yo dispondré con la reina que luego te presente el rey para aquella santa iglesia, situada en pais delicioso y regalado, y se me figura que no tendrás razon para no venir en este medio.

—Muchos años há que me conoces y tratas, y bien te puedes acordar de haberme oído la formal repugnancia á ceñir mitra, acordándome de la respuesta de aquel predestinado; *si fuese del número de los obispos, sería del número de los réprobos*. Además, de apetecer ser prelado, no me afanara fijamente, como lo hice gustoso, para que la mitra arzobispal de Valencia recayese en tu persona, hablando á todos los consejeros de Aragon á fin de que hicieran á tu favor la consulta. Por último, hermano mio, añadió

algo picado en el amor propio, ¿es posible que no te avergüences de proponerme que yo sea sufragáneo tuyo?

—Verdad es, hermano, respondió abochornado el arzobispo, V. S. perdone que pensara en esa mitra, por no haber otra desembarazada, sin pararme en mas reflexiones.

—Pues hermano, excusa esa plática, y no vengas á tentar á quien está persuadido de que su honra y su salvacion consisten en hacer justicia. Bien sé que con mi conducta desagrado al señor inquisidor general y desirvo á la reina, *pero no sería siervo de Dios, si tratase de ser agradable á los hombres*; y pues tanto te honra la reina, házme el favor de empeñarte con S. M., y suplicarla rendidamente en mi nombre que se sirva no hacer caso de este viejo chocho, que por conocer su inutilidad vive en su retiro muy contento con lo que Dios le ha dado, sin apetecer otra cosa que el olvido de los hombres. Y mira en cuanto grado es esto, que siendo tú mi hermano y á quien mas estimo en el mundo, si fueses el primero á no acordarte de mi persona, lejos de quedar quejoso te quedaré muy agradecido, sin dejar por eso de tenerte presente en mis oraciones y sacrificios, para suplicar incesantemente á Nuestro Señor que te conceda las mas especiales luces de que necesitas á fin de acertar con el cumplimiento de la sagrada y tremenda obligacion en que su Divina Magestad te ha constituido. Y permite á mis canas y al amor que siempre te he profesado, el traer á tu memoria que vá para seis meses que te consagraste arzobispo de Valencia; que este pectoral, que tan dignamente llevas al pecho, recae sobre la túnica de religioso seráfico, de cuyas estrechas obligaciones no te ha eximido en todo el ser prelado, y que así será mejor que vayas á conocer y á que te conozcan tus ovejas, que las ministros ambos pastos, espiritual y temporal con el ejemplo, la doctrina y la limosna, que cuidas del culto divino, que celes á tus eclesiásticos que vivan como tales, y que atiendas á otras muchísimas cosas que con ser arzobispo han cargado sobre tus hombros, pues de todo has de dar estrechísima cuenta en el tremendo tribunal de la justicia divina, mas bien que estarte en la corte mezclado en política y razones de Estado, y constituido agente de la reina. Mira que se repara ya en tu estancia; mira que se murmura el verte pasear en este lugar con coches de campanillas, y con turba de criados; mira que observan que visitas demasiado á las señoras; mira que dicen que te sirves con fausto mas de grande que de prelado; mira que todo esto es muy impropio de un arzobispo, que para la mitra ha salido de los claustros y observancia franciscana. Corta, pues, de un golpe todas estas murmuraciones, con irte á cumplir tu deber á tu arzobispado, que es lo que te importa, y déjate de cuidar de que yo rubrique ó no rubrique.

Aquí terminaron á un mismo tiempo la entrevista y las relaciones de los dos hermanos, como que ya no se volvieron á ver ni á escribir una mala esquila.

Ciertísimo el inquisidor general de que nada vencia ni ablandaba el teson de don Lorenzo Folch de Cardona, se determinó á echar la segur al tronco, proponiendo al rey su jubilacion con dos mil ducados de sueldo, lo cual hizo Mariana de Neoburgo el día de San Buenaventura; mas no la tuvo en la demanda, ni aun con la intervencion eficaz del confesor fray Nicolás Torres Padmota, y así fué necesario desistir del empeño, porque el monarca limitóse á

pronunciar y repetir estas palabras.—Nó, no ha de ser; no quiero mas jubilaciones.

XX.

Supremo y postrer esfuerzo fué éste del ánimo del infeliz Carlos II, que falleció á los tres meses y medio de pronunciar tal negativa. No los habia desperdiciado el inquisidor general y obispo de Segovia, antes bien amontonando los desmanes y las violencias y los absurdos, se afanó ardientemente por cumplir la voluntad de la reina, para que á tenor de lo ofrecido le galardonase con el capelo. Del Consejo de la Inquisicion extrajo los autos contra el confesor antiguo, y enviólos al tribunal de Murcia, en cuyas cárceles secretas estaba recluso, á fin de que los proseguiera hasta su conclusion definitiva, lo cual era equivalente á resolver, que de lo ejecutoriado por el tribunal superior, juzgára en apelacion otro subalterno.

Sin embargo de la anomalía flagrante, éste sometió la ya famosa causa á una junta de calificadores, teólogos los de mas nota de aquella ciudad, y jesuitas la mayor parte: allí se decidió lo propio que en la anterior de la corte; y si bien el fiscal sostuvo que á pesar de todo se debía condenar á fray Froilan Diaz en las penas mayores y mas graves, el tribunal representó á don Baltasar de Mendoza el estado en que se hallaba la causa, y que si les ordenaba pronunciar el fallo, no podian en conciencia dejar de absolver y de dar al reo por libre.

Muy contrariado é iracundo mandó el inquisidor general que le enviáran á Madrid sin demora, y que devolviesen los autos. De resultas fray Froilan Diaz fué entregado al prior del colegio de Santo Tomás, enemigo suyo, bajo el precepto de ponerle en una celda con luz escasa, y sin otra comunicacion que la del religioso que le entrara el preciso alimento, las veces que el prior no lo pudiera hacer por sí propio; y al inquisidor de corte don Francisco Cosío se le encargó que sustentara los autos así que vinieron de Murcia. Lejos de considerar frustradas el obispo de Segovia las esperanzas de vestirse la púrpura cardenalicia, y de variar de rumbo al fallecimiento del monarca, se mostró pertinaz y resuelto á usar del influjo que le daba el ser uno de los gobernadores del reino en salir adelante con sus miras desatentadas. Ufano de la nueva dignidad hasta el extremo de hacer gala de la mas insultante soberbia, tras de recomendar al prior que vigilára al preso mas que nunca, se esmeró en los desaires hacia don Lorenzo Folch de Cardona y demás consejeros que le tomaron por guia. A tanto llegó su engreimiento, que en las honras dedicadas á Carlos II presentóse cargado de diamantes en el pectoral y el anillo y hasta en las hebillas de los zapatos, y con delicadísimos encajes, y cajas ricas y con tabacos diferentes, y los relojes á pares, de suerte que mas apariencias mostraba de asistir á bodas que á una funcion tan lúgubre por todas sus circunstancias.

Poco le duraron estos ridículos alardes, pues apenas entrado en España el rey Felipe V, y antes de llegar á la corte, expidió un decreto para que don Baltasar de Mendoza, inquisidor general, se fuera á residir á su santa iglesia de Segovia, lo cual tuvo que cumplir, tan á despecho como de prisa.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(Se concluirá.)

LOS PERFUMES.

El sentido del olfato me parece ser el menos necesario de los cinco de que nos ha dotado la naturaleza. Todos los demás llenan en provecho de nuestra conservacion, de nuestro desarrollo y de nuestras relaciones con el mundo exterior un importante papel, y corresponden á todas nuestras mas imperiosas necesidades. Así con muchísima razon nos causa gran lástima el ver á los que una enfermedad ó un accidente ha privado de la vista y del oido. Sin el tacto estaríamos incapacitados de conocer las propiedades físicas de los cuerpos que nos rodean: el calor y el frio, lo duro y lo blando, lo húmedo y lo seco, lo arrugado y lo liso, serian para nosotros palabras vacías de sentido. El gusto nos es absolutamente necesario para apreciar la cualidad de nuestros alimentos. No se puede sin embargo, negar la utilidad del olfato. Es el auxiliar del gusto, nos ayuda á reconocer las propiedades de ciertas sustancias: nos advierte cuando el aire que respiramos está mezclado con dañosos vapores; empero, los servicios que nos presta son accidentales y secundarios. Conozco personas completamente privadas de olfato, y se hallan muy bien. Están, es verdad, privadas de gozar del placer de los buenos olores, pero en cambio se evitan los malos, que son desgraciadamente en mayor número, y cuya sensacion es mas incómoda que agradable la de los buenos.

Conozco tambien personas cuyo olfato es tan delicado, tan impresionable, que me dan lástima viéndoles á cada instante dar muestras de disgusto y hacer gestos. Donde quiera que entren, por cualquiera parte que pasen sienten algun olor, de tabaco, de humo, de ágrio, de rancio, es el cuento de nunca acabar. Hasta les incomodan los perfumes, les incomodan á no ser su olor tan ligero, que no pueda percibirlo una nariz vulgar. El que paralizase por un método cualquiera los nervios olfativos de estas personas, sin duda las haria un importantísimo favor librándolas de un suplicio casi continuo.

La naturaleza ha sido muy poco pródiga de sensaciones agradables con nuestro olfato: así es que tenemos para procurárnoslas, que acudir á medios artificiales. De aqui el uso de los perfumes que supone un grado mas avanzado de civilizacion, casi mejor dicho sería de corrupcion, y lo que es mas de ociosidad.

Preciso es estar fastidiado de los goces que diariamente nos proporciona la satisfaccion de nuestras necesidades reales y verdaderas, es preciso ademas no tener que ocuparse seriamente en nada, para pensar en rodearse de una atmósfera cargada de emanaciones que halagan agradablemente el olfato. El uso de los perfumes y sahumerios es en una palabra el último refinamiento de la sensualidad hastiada y ociosa. Así vemos crecer esta costumbre en el Asia, esa tierra clásica del lujo y de la molicie. Desde allí se difundió en Europa, como tantos otros vicios y otras tantas terribles plagas que sobre nosotros vomitó el Oriente.

Allí los perfumes son producciones naturales: no solo se exhalan del caliz de las flores si no que corren del tronco de los árboles en gomas y resinas, y hasta los mismos animales los ocultan en sus intestinos; la mirra, el incienso, el benjuf, el almizcle, el ambar, el cinamomo etc., productos son del Oriente. En la antigüedad fueron consagradas en un

principio estas preciosas sustancias al culto de los dioses, á quien se creía muy aficionados á este género de sacrificios. Desde el templo de los dioses pasaron despues á los palacios de los reyes y de los grandes, y poco á poco se convirtieron en la China, en la Persia, en la India, en la Arabia, en un objeto de consumo general, de fabricacion, de comercio, y por último de esportacion. Para encerrar los ungüentos, los aceites, los bálsamos, las pastillas, para quemar las resinas olorosas, fué preciso inventar vasos, frascos, y braserillos ó perfumadores, dignos de tan noble empleo. Prodigáronse el oro, la plata, las piedras preciosas. El cincel, el buril de los artistas hicieron maravillas. Nació y se desarrolló rápidamente, un nuevo ramo en la platería. Encuéntranse hoy en las colecciones de los anticuarios, y en los museos utensilios como cazoletas, incensarios, braserillos, perfumadores, etc., que datan de muchos siglos y cuyo delicado y complicado trabajo y espléndidos adornos demuestran suficientemente la importancia que en otro tiempo se daba en Asia á esta clase de joyas. Aun hoy todavía este lujo con el de las armas, arneses y pipas, es lo único que nos queda casi de aquella antigua magnificencia oriental de que leemos en las historias tan pomposas descripciones.

En Europa solo se usaron por muchísimo tiempo los perfumes en las ceremonias sagradas, y en ciertas solemnidades domésticas. Fué, por ejemplo, como lo prueban las relaciones de Homero, una costumbre general en la buena sociedad helénica lavar y perfumar los pies de los convidados, antes de que se sentasen al festin, y esta costumbre durante muchos siglos se conservó en casi todos los pueblos del Oriente y del Occidente. Las mugeres y los hombres afeminados tomaron tambien muy pronto la costumbre de perfumarse los cabellos, y darse en el cuerpo con aceite de olor, principalmente al salir del baño. En Roma en tiempo de los emperadores, se abusó escesivamente de los perfumes, como se abusó de todas las cosas. Cuenta Plutarco, que obsequiando en su palacio Neron á su favorito Othon, que fué su rival en amores, y su segundo sucesor en el imperio, vertió sobre su cabeza y sobre su cuerpo un perfume de un grandísimo valor. Al día siguiente quiso Othon devolver su obsequio al emperador, y escederle en prodigalidad. En el momento de sentarse á la mesa, unos tubos de plata, desembocando por todos los rincones del techo, derramaron sobre los convidados una verdadera lluvia de los mas raros, mas esquisitos y mas preciosos perfumes.

En nuestra moderna sociedad, sociedad laboriosa y pensadora, en la que el lujo ha tomado un carácter utilitario y artístico, se hace bastante poco caso de los perfumes. El mas apreciado por los hombres es el del tabaco.

Las señoras se contentan con respirar el de las flores, pero los médicos les prohiben con razon recargar con su aroma el aire de su tocador y salones. En cuanto á su persona, fuera de la pomada y del aceite, que se ponen en el pelo, la pasta de almendras, con que blanquean sus lindas manos, algunas gotas de agua de Colonia, de lavanda ó de pacholí, que echan en sus pañuelos, y un olor cualesquiera de que impregnan sus guantes, no podemos quejarnos de que pongan á duras pruebas la sensibilidad de nuestro olfato.

En resumen, la perfumería seria hoy entre nosotros un comercio insignificante, si no se hubiese apoderado de todos los objetos y de todas las artes que tienen relacion con el aseo de la persona. Asi en su mayor parte los perfumis-

tas son al mismo tiempo peluqueros y barberos, y todos ellos venden peines, cepillos, guantes, etc., sin contar los polvos de todas clases para los dientes, los vinagres higiénicos, las aguas para blanquear y dar color sonrosado al cutis, los paños de Venus, y otras drogas, que despachan á precios exorbitantes, vistiéndolos con papeles pintados, dorados, muy historiados, acompañándolos de pomposas instrucciones sobre sus maravillosas virtudes é infalibles resultados, y el método y modo de usarlos.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

LAS CONTRARIEDADES

EN LAS BODAS DE LOS REYES CATOLICOS,

DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL.

Diversas fueron las bodas que se propusieron á la infanta de Castilla doña Isabel, pero ninguna se realizó, sino la primera concertada en su corta edad de seis á siete años.

Segun refiere Alonso de Palencia en sus *Décadas* (lib. 4, cap. IX), por los años de 1457 ó 1458 tuvo don Enrique de Castilla una entrevista con don Juan, rey de Navarra (despues de Aragon) en que concertaron los casamientos de don Alonso y doña Isabel, hermanos del mismo don Enrique, con doña Juana y don Fernando, hijos de aquel monarca. La corta edad de los príncipes, pues contaba solo siete años Isabel y uno menos Fernando, podia de por sí hacer presumir mudanzas antes de que se realizara el matrimonio, cuando no los caracteres veleidosos de aquellos reyes, sus poderosas razones de estado, y las disensiones que tenían lugar en aquellos años.

Los conciertos sobre bodas de ciertos personajes dependen casi siempre de altas disposiciones de política. Asi sucedió entonces, pues deseando don Enrique en 1460, coligarse con el malogrado príncipe Carlos de Viana, refido con su padre, el citado don Juan, le ofreció la mano de su hermana doña Isabel, dando así al través con el primitivo proyecto de enlace.

La muerte del de Viana, ocurrida en Barcelona el 23 de setiembre de 1461, con graves sospechas de envenenamiento, dejó libre á la tierna infanta de Castilla (tenia once años) de un enlace en que no entraba gustosa la casa del almirante de aquel reino, inclinada á la alianza con don Fernando; y así el proyecto de bodas entre este príncipe y doña Isabel, volvió á renovarse. No duró, con todo, mucho tiempo, pues presentó don Enrique otro partido á su hermana en las vistas que tuvo con don Alfonso de Portugal, en que segun refiere el cronista Diego Enriquez del Castillo (cap. 57), se determinó que el rey de Portugal casaria con la infanta doña Isabel. Al propio tiempo que el rey de Aragon mantenía inteligencias con algunos grandes descontentos de Castilla, no desistiendo del proyecto primero, solicitó de antemano en la corte del papa Pio II una dispensa para que su hijo don Fernando pudiese casarse con una princesa de sangre real, con quien tenía tercer grado de consanguinidad, pero sin nombrarla. Asi se ponía ya en guardia para aprovechar la mejor ocasion de efectuar el deseado enlace.

Presentáronse, sin embargo, todavía á Isabel nuevos obstáculos, pues desearon su mano el maestro de Calatrava, Carlos, duque de Berri, hermano del rey Luis de Francia, y tambien uno de los hermanos de Eduardo IV de Inglaterra, al propio tiempo que el príncipe su futuro estaba á punto de casarse con doña Beatriz Pacheco, hija del marqués de Villena. La Providencia, empero, allanó las dificultades que se presentaban á ambos príncipes para efectuar su enlace, antes que don Enrique y sus parciales acometieran alguna empresa para estorbarlo y encaminarlo á otras miras, como intentaron queriendo prender á doña Isabel en Madrigal, para casarla con el de Berri.

Favorecida la primera por el arzobispo de Toledo y los grandes de su bando, pudo ponerse en salvo en Valladolid, donde al cabo de algunos dias llegó secretamente el príncipe de Aragon, don Fernando, acompañado desde Zaragoza de pocos amigos, los cuales junto con los caballeros y las damas de la corte de Isabel, celebraron las bodas con grande alegría y no menor aparato de fiesta.

Peregrinos son todos los episodios de aquellas bodas tan contrariadas que tuvieron lugar en 1469, y que con curiosos detalles nos refieren Alonso de Palencia en sus *Décadas*, Diego Enriquez del Casillo en su *Crónica*, y en sus *Anales* Zurita. Clemencín en su *Elogio de la reina Católica doña Isabel*, extrajo los principales sucesos sobre el matrimonio de aquella princesa, señora despues de ambos mundos.

En amores como en otros sentimientos y sucesos de la vida, los reyes son como los demás hombres, todos están sujetos al caprichoso va y ven de la fortuna. Bien lo prueban las contrariedades que experimentaron los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, antes de casarse.

GRULLA DE MANTCHOURIE.

Los naturalistas llaman grullas á uno grandes pájaros viajeros que se encuentran en las cinco partes del mundo.

Estos pájaros, en general de forma elegante, tienen el pico prolongado, robusto, recto y cónico: lo mismo pudiera decirse del pico de las garzas reales, de ese pico en forma de puñal que tan peligroso puede ser á veces; empero el pico de la grulla es menos temible, menos largo en proporcion á la estatura del pájaro, y menos robusto.

Las alas son anchas y prolongadas, la cola corta con plumas muy largas y dispuestas en mechón.

Las piernas están la mitad desnudas, y de los tres dedos que tienen delante, dos están reunidos por una pequeña membrana, el esterno y el medio, quedando libre el interno.

Se conocen muchos géneros de grullas: el género grulla (*grus*) propiamente dicho, en donde están colocadas las grullas de España (*grus cinerea*) y la grulla que presentamos en nuestro grabado (*grus leucageranos ó gigantea*). El género *anthropoides* que se trae de Africa, de Odesa y de las Indias Orientales, y que encierra dos especies: por último, el género *baleárico* (*baleárica*) que no contiene mas que una sola especie, la grulla coronada ó pájaro real, que vive en Africa, y sobre todo en el Senegal; la grulla de Mantchourie, ó grulla blanca (*grus leucageranos*), habita

el Norte del Asia, y principalmente la China y el Japon. Es un pájaro grande, cuyos colores están dispuestos como los de la grulla de Europa, únicamente que lo que es gris ceniciento en nuestra grulla europea, es del mas purísimo blanco en esta especie.

Monsieur Toussenell, en su *Mundo de los pájaros*, describe así la grulla europea, y ésta feliz descripción puede servir para la grulla de Mantchourie, tomando por blanco lo que se indica ser ceniciento, y aumentando la estatura.

«La grulla de Europa es un pájaro de noble presencia, con la cabeza y pico negros, con una capa gris cenicienta uniforme. Lleva un collar negro, la cima de la cabeza pelada y encarnada en los machos (añadamos en las hembras tambien, muchas veces se observa esta coloracion). El pájaro parece haber sido cortado por un patron mas ventajoso que las demás aves: son mas armoniosas las proporciones entre las diversas partes del cuerpo: la ligereza se une á la fuerza, y la gracia á la magestad. Una disposicion peculiar de las plumas secundarias que se encuentra en el cisne de Australia, obliga la estremidad de estas plumas á levantarse hácia atras, formando un suntuoso penacho que da al conjunto del adorno un sello de elegancia y de coquetería.»

El paso de la grulla de Mantchourie, en tierra es noble y magestuoso: al andar el animal da á todo su cuerpo una especie de balanceo muy original, y que echa el cuello atrás y adelante alternativamente. Está tambien muy dispuesta á ciertas evoluciones que pueden llamarse baile, y lo mismo sucede á la mayor parte de los pájaros de este grupo. De todas las grullas, el pájaro real (*baleárica*), es la mas bailarina, y monsieur Toussenell, á quien volveremos á citar, habla de ella de una manera muy pintoresca.

«La mas coqueta de todas las grullas, dice, la que ama con locura el baile y los dengues, es la grulla del pais de los negros, la que se llama grulla coronada del Senegal. Este pájaro manifiesta una loca alegría que apenas altera el verse cogida ó enjaulada. Podría echarse en cara á este pájaro, el que se agita demasiado vivamente en sus pasos y meneos, y de tomar en su baile posturas arriesgadas y tempestuosas, rayando casi en el furor.»

Las otras grullas son mas contenidas, y saben unir la gracia á la dignidad de su porte, y la grulla de Mantchourie en sus mas locas evoluciones, conserva siempre una severa dignidad, una gravedad que no se desmiente jamás.

De esta disposicion natural de las grullas para el baile, se han aprovechado con ventaja los habitantes del Japon y de la China. Ciertos titiriteros enseñan á estos pájaros el arte de bailar para divertir al público, que en aquellos paises es muy aficionado á los espectáculos de animales enseñados á hacer habilidades.

La voz de las grullas es sonora, empero ninguna tiene la voz mas ruidosa y mas vibrante que la grulla de China. Son diferentes el grito del macho y el de la hembra, aunque un oido poco ejercitado no pueda conocer fácilmente la diferencia. El grito del macho se compone de dos notas, la una mas baja y que dura mas tiempo que la otra mas alta. La hembra ordinariamente no da mas que una nota, en general en armonia con la nota grave del macho. Cuando las grullas cantan juntas da la hembra su grito cuando ha terminado el macho su canto, y el macho vuelve á comenzar de nuevo.

Las grullas de Mantchourie son como las demás, granívoras, empero se acomodan muy bien á comer gusanos, ranas é insectos, y tambien les gusta mucho la carne.

Se asegura tambien, que en China estas grullas servian para un suplicio cruel en que el reo era destrozado vivo por doce ó quince encarnizados picos. Estos pájaros pue-



den servir como los cisnes y los pavos reales, para el adorno de los parques y jardines.

En el jardín botánico de Madrid, en donde ha empezado á formarse un jardín zoológico, y donde se están aclima-

tando aves raras de varios países del mundo, figuran tambien varias grullas, si bien son de las cinereas ó de Europa.

MANUEL GUZMAN.